



# El agotamiento intelectual

## Sus presuntas víctimas

Amado Nervo<sup>1</sup>

*A mi distinguido amigo el ilustre académico  
don Rafael Ángel de la Peña*

Seguro estoy de que más de cuatro de mis discretísimos lectores han oído a algún literato de faz pálida y cabellos largos expresarse así, con voz sepulcral:

“Los editores me matan; van a chupar mi jugo, el jugo de mi cerebro como si fuese este caña habanera, y cuando sólo reste el bagazo, un órgano atrofiado, inútil, me arrojarán de fijo al cajón de los desperdicios, ahí donde van los inválidos de la idea, los agotados, los dispersos.”

Y el lector discretísimo, o los lectores discretísimos, que lo mismo da, al cual o a los cuales supongo compasivos y buenos, se separan del literato, murmurando: “¡Pobrecillo!”, y acaso, acaso aplican a los editores sin entrañas, epítetos dignos de oírse: ¡tiranos!, ¡cruels!, etc., etcétera.

Sin embargo, a riesgo de contrariar la opinión de muchos de mis colegas y acaso, acaso la de muchos de mis amigos, voy a permitirme entrar en cierto género de consideraciones, a propósito del agotamiento intelectual, del *surmenage* (palabra nueva que ha tomado carta de naturalización en Francia y que empieza a naturalizarse en México), de la atrofia, etcétera, etcétera.

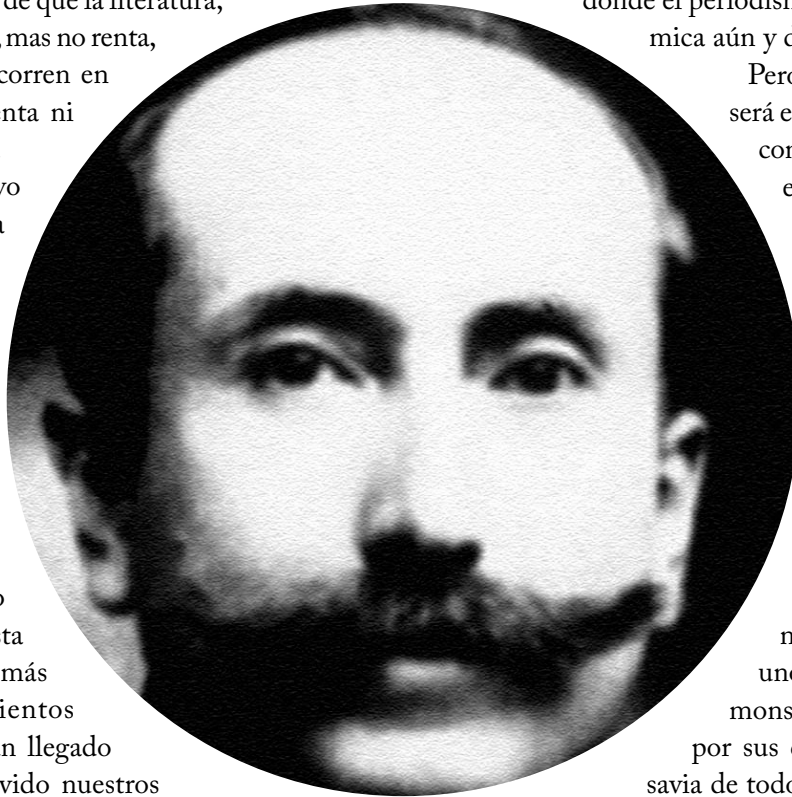
<sup>1</sup> Amado Nervo, *Obras completas* (prosa), edición, estudios y notas de Francisco González Guerrero (prosa) y Alfonso Méndez Plancarte (poesía), t. I, Madrid, Aguilar, 1973, pp. 432-434.



Claro está que no intento analizar ni la significación ni la aplicación de tales vocablos; tarea semejante me llevaría más lejos de lo que quisiera; voy únicamente a manifestar cuál es generalmente el origen de ese coco de los literatos, y cómo, en mi humilde concepto, no son los editores los principales culpables de que aquellas bestias feroces, que se alimentan de cerebros como pudiéramos nosotros alimentarnos de sesos de vaca, vivan y medren.

Empiezo por confesar que estoy absoluta, plenamente convencido de que la literatura, que antes daba honor, mas no renta, en los tiempos que corren en México, no da ni renta ni honor generalmente.

Esa ave, de gayo plumaje y harpada lengua, va alicaída y triste por el mundo, y no porque sea un pájaro inútil, no; yo creo, como el distinguido señor Vigil, que tan benéfico es a la patria un literato, un poeta, como un agricultor o un mecánico, un artista o un guerrero. Los más grandes acontecimientos de la humanidad han llegado a nosotros y conmovido nuestros corazones, merced a la magia del verso; la *Iliada*, el Antiguo Testamento, los libros santos de la India, los Evangelios mismos, ¿qué otra cosa son sino hermosos poemas, escritos por grandes poetas? Tirteo animaba con sus cantos a los hombres libres, para el combate, San Francisco de Asís poetizaba la virtud para hacerla amable. Chateaubriand buscó para reconstruir el cristianismo en Francia, corroída por la indiferencia religiosa, el hado poético, sublimemente poético de aquel... No es, pues, la poesía, no es, pues, la literatura, algo inútil por cierto. Si andan de capa caída entre nosotros, débese, ¿quién lo duda?, a que México empieza a vivir la vida de los pueblos libres; es



aún un niño; fáltale al pueblo ilustración y, digámoslo de pasada, necesitamos por ahora más labradores que romanceros, más mecánicos que forjadores de décimas, más industriales que novelistas; no ha llegado aún la época del libro para nosotros; la cultura se mantiene en el seno de las clases distinguidas (y al decir distinguidas no me refiero a los ricos), como antiguamente se mantenía en los conventos.

Confieso asimismo que la mayor parte de los editores son barateros; tienen que serlo en un país donde el periodismo lleva una vida anémica aún y delicada.

Pero también confieso, y será esta mi tercera y última confesión (al fin y al cabo estamos en Cuaresma), que ni la literatura ni los editores son los verdugos de los *plumitivos*, que diría Alberto Leduc; que la primera, si no es una madre, no es tampoco una madrastra aquí: será cuando más una tía, y que a los segundos no debemos reputarlos unos Dioclecianos, unos monstruos policéfalos que por sus cien bocas chupan la savia de todos los literatos pobres, unos pulpos que aplican los tentáculos de su avaricia a todos los cerebros que piensan, hasta extraer la última esquirla de oro que contienen.

—Bien —dirá el lector estimabilísimo, literato o profano—, niega en buena hora la causa: el efecto, el agotamiento existe. ¿Quieres ejemplos? Ahí está X, ahí está Y, ahí está Z, o, mejor dicho ya no están, ya no alientan; murieron en la brecha y han dejado sin pan a sus hijos, sin calor sus hogares... Rehabilita al pulpo, pero esconde antes los exangües restos que testifican su voracidad implacable...

Muy bien, amigos míos; el pulpo existe, vive la hidra, alienta el monstruo, sí; convengo en ello; pero

¿sabéis cómo se llama ese monstruo, esa hidra, ese pulpo?

Lo diré en infinitivo:

Se llama *trasmochar*, se llama *beber*, se llama también *morfina*, *éter*, *café*, *ajenjo*..., “su nombre es ¡legión!”

El cerebro es un manantial inagotable hasta que lo azolva la senectud; es un árbol que constantemente se desnuda y se recubre de frondas y de nidos, al cual nunca le falta el soplo de Favonio fresco o de Céfito suave, hasta que el invierno de la suma vejez lo arropa por siempre en un sudario blanco. Pero nuestros bohemios de ahora ciegan aquella fuente, secan este árbol antes de tiempo, debido a sus excesos. Matan la gallina de los huevos de oro...

Gladstone, un anciano glorioso que ha vivido pensando, conserva aún todo el vigor de su talento, todo el brillo de su inteligencia privilegiada; León XIII, otro anciano glorioso, versifica aún admirablemente en la lengua de Horacio y de Tibulo, durante sus ocios; Julio Simón esconde bajo el blanco cabello que corona su frente, prodigiosa fuerza intelectual; Humboldt, a edad avanzada, asombraba al mundo con la grandeza de su sabiduría; Cantú ha muerto lleno de savia, como los cedros del Líbano, milenarios, que abate el rayo. Y aquí mismo, en México, si Guillermo Prieto ya es sólo un recuerdo, una gloria encarnada, tenemos muchos hombres ilustres, viejos paladines del periodismo, que producen sazonados y sabrosos frutos de inteligencia.

¿Por qué, pues, nuestra juventud, arroyo de linfa vigorosa, que aún ve en el recodo de la floresta el manantial fecundo de donde vino, se agota cuando el Nilo y el Amazonas, el Tíber y el Bravo corren paralelos a él, a centenares de millas de sus fuentes límpidas?

Ya lo he indicado: porque esa juventud ama el exceso.



Palacio de los Azulejos, Centro Histórico, ciudad de México.

Esa juventud tiene a gala estar enferma; se abreva con el ajenjo para ver surgir de las heces opalinas la musa pálida de Musset; se inyecta morfina para hallar estímulos ficticios; aspira éter para sumergirse en piélagos de infinitas vaguedades; abusa del café para que sus nervios vibren hasta romperse, para que se encojan y tiemblen al menor ruido, como pequeñuelos azorados; quiere la vigilia perpetua para condensar más vida en menos tiempo; busca en los licores embriagantes excitaciones periódicas; violenta a la naturaleza, que en sus mudas páginas le dice: “Yo hago estallar las yemas cada primavera; sazonó mis frutos cada otoño, y en invierno me embozo en mi jaique immaculado y duermo: economiza tus fuerzas; la diaria labor exige el diario reposo.”

Violentan a la naturaleza, sí, debilitan su organismo; odian el método, se proporcionan las neurosis y luego sucumben como la mariposa, que apenas ha mostrado en el espacio la seda recamada de oro de sus alas.

Y la musa elegíaca llora durante un día sobre sus féretros y exclama: “¡Una víctima más! ¡Una esperanza muerta en flor!”

...En tanto, el anciano, el octogenario prudente y sabio, asómase a la ventana de su gabinete de estudio, ve pasar el fúnebre cortejo y sonríe (aquella sonrisa expresa conmiseración y tristeza) y murmura esta sola palabra: “¡Suicidio!”